
Capítulo 1

A través del cartel se llega al encuentro con Dios *

*Dr. Carlos Amigo Vallejo ***

Atónito y sobrecogido debía estar el giraldillo contemplando esta clonación en bronce que tenía delante de sus ojos. Le parecía increíble esta admirable copia, parecía que era imposible sustituir algo que el arte, la ciudad de Sevilla había colocado en lo más alto. Fue un milagro de la Comunicación; se consolidaban argumentos, la información había realizado el milagro de hacer que la inteligencia del hombre resplandeciera con la verdad. Así es el oficio de la Comunicación: ayudar a descubrir la auténtica verdad.

Quizás los investigadores de la realidad virtual algún día tengan que pensar que esa realidad no es un capítulo nuevo.

Hace unos días en la Academia de Doctores de Madrid, el ponente decía que en la Prehistoria de la Informática figuraría el nombre de San Isidoro de Sevilla porque a través de la Comunicación había conseguido dar universalidad a unos datos que podrían ser particulares por lo reducido en que podían llegar en aquel momento a la sociedad. Siempre la Comunicación como algo imprescindible. En este caso se trata de estos carteles, de estos Medios de Comunicación Religiosa.

* Intervención tenida en el acto de apertura del *IV Encuentro sobre Información Cofrade*.

** Arzobispo de Sevilla.

La experiencia religiosa no sólo no ha desaparecido, sino que ha cobrado actualidad. Aunque no sea extraño oír hablar de religión sin religiones, de fe sin iglesias, de la privaticidad de la creencia... Formas de hablar, en fin, sin mucho fundamento, pues no es posible vivir la experiencia de lo sagrado sin el imprescindible soporte cultural y social. Más que el contenido de la fe, la aceptación de Dios y de lo que Él ha revelado, lo que cambia es el lenguaje con el que los hombres expresan la relación con lo sagrado. Incluso, algunos movimientos secularistas ofrecen poco menos que lo religioso como sustitutivo de la *religión*, en el peor sentido en que ésta pudiere entenderse. Es decir, se propone *creer* en nada.

La religión interesa como fenómeno cultural, como marco para el encuentro con las propias raíces de la tradición, como fiesta popular y ocasión para congregar a los que la vida ha dispersado. Pero lo religioso no cuenta en la esfera pública y social y la identificación con la Iglesia, más crítica, es de indiferencia. A las puertas del siglo XXI nos encontramos con una serie de elementos y de datos con los que necesariamente hay que contar, en esta reflexión sobre las expresiones religiosas en el futuro. Indiferencia religiosa, sentido de independencia de cualquier estructura formal eclesial, relativización omnímoda, inseguridad doctrinal y moral como consecuencia de una falta de formación adecuada, sustitucionismo de lo confesional por un compromiso aséptico de ideas y creencias, intolerante perjuicio hacia la Iglesia de quienes enarbolan teóricas banderas de liberalidad y tolerancia. Se ofrece una catequesis laica, *solidarista*, sin Dios, sin Iglesia, sin caridad fraterna. Avanza la erosión de las convicciones religiosas y el sustitutivo de la creencia es una deidad difusa y es una moral relativizada y ocasionalista.

Junto a estas constataciones, se aprecia un deseo de sinceridad religiosa, de regeneración moral, de coherencia personal, de valoración de la Iglesia en su acción comunitaria, de la apertura al diálogo con creyentes de otras religiones, del interés por la formación religiosa, del gusto por la oración, de la participación de los jóvenes en movimientos y expresiones religiosas, del voluntariado, del apoyo a la acción social de la Iglesia, del sincero deseo de Dios.

De todo cuanto venimos diciendo, se puede concluir que nos encontramos ante esa sorprendente paradoja entre la crisis y el auge de lo religioso. No es extraño oír que la crisis afecta a lo institucional y el auge a lo popular. Que mientras languidece la vida en las comunidades cristianas *oficiales*, hay una pujante actividad en otras asociaciones, grupos y comunidades más independientes. Que si la participación en la práctica religiosa parroquial disminuye, el aumento de presencia en actos religiosos populares raya en lo espectacular. Que si los jóvenes no aparecen en la Iglesia, abundan, en cambio, en los nuevos movimientos religiosos. Que siguen creyendo en Dios y alejándose de la Iglesia. Este análisis, un tanto populista y con no poco sabor demagógico, necesita claras matizaciones y, sobre todo, el ayudar a deshacer el equívoco postulado de pensar que lo que hace el pueblo, por el mero

hecho de hacerlo, ya tiene categoría de autenticidad. *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* dice el Señor (Mt. 15, 8). Los profetas no se cansan de recriminar al pueblo que desoye la voz de

Dios, que ni escucha su palabra ni cumple sus mandamientos.

¿Se busca lo religioso por motivaciones de fe o es el sustitutivo de una creencia que ha desaparecido? ¿Es refugio y último asidero ante lo que se cree el desmoramiento de la práctica religiosa? ¿Puede ser una velada crítica a una manera de actuar de la Iglesia? ¿Se puede sospechar de evasión ante el compromiso social de la fe que esa misma Iglesia recuerda?

Interminable lista de preguntas y de cuestiones. Pero sea como fuere, hay una realidad evidente: el auge en las manifestaciones de la llamada religiosidad popular.

Elemento imprescindible en el contenido de la religiosidad popular es el culto, aprecio y relación con la imagen. La imagen como aquello que entra por los ojos para llegar al corazón, a una realidad completamente distinta. Para el Pueblo, es algo más que una simple representación convencional de lo sagrado, para convertirse en una particular forma de presencia de Cristo, de la Virgen María, de los santos. Se la venera y visita, se la rodea de expresiones culturales, se hacen de ella múltiples y variadas reproducciones y se pone en el santuario, en la casa, se la lleva consigo en alguna estampa u objeto personal. En el encuentro con la imagen se establece una especie de relación mística en la que el diálogo se hace íntimo oracional, creyente.

La imagen, el icono, la figura, es el soporte material, artístico, sensible, de una realidad invisible. El cartel que no trasciende sería un papel bonito, pero muerto, que no comunica. Un reflejo del misterio de la Encarnación del Verbo en el que la visibilidad de lo humano conduce al reconocimiento de Dios. De lo sensible a lo que no se ve, de lo material a una contemplación espiritual. Es como un puente que enlaza al hombre con el misterio. Es una convocatoria, un anuncio, una llamada a un encuentro con la realidad religiosa.

La belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios (S. Juan Damasceno). *La contemplación de las sagradas imágenes, unida a la meditación de la Palabra de Dios y al canto de los himnos litúrgicos, forma parte de la armonía de los signos de la celebración para que el misterio celebrado se grabe en la memoria del corazón y se exprese luego en la vida nueva de los fieles* (Catecismo de la Iglesia Católica, 1162).

Con la imagen llega el mensaje y contenido de la fe; con el retablo, el evangelio. Pero sabiendo muy bien distinguir el camino del santuario, el signo del credo de la fe, la representación, del misterio representado.

No puede dudarse del gran valor catequético de la imagen. Es como un *libro* que facilita el que muchos puedan *leer* unos textos a los que no van a tener acceso de otra manera. Es hablar la “lengua” de la Encarnación y, expresar con los elementos de la materia, a Aquel *que se ha dignado habitar en la materia y llevar a cabo nuestra salvación a través de la materia*, según la bella fórmula de San Juan Damasceno. El cartel es, en resumen, la materia a través de la cual se llega al encuentro con Dios. Una imagen que lleva al amor de lo invisible.

Por último felicitar al Equipo de Investigación de la Universidad, organizador del *Encuentro sobre Información Cofrade*; y que no se preocupe el Giraldirlo, que por muchas clonaciones que podamos hacer, siempre el original es el mismo, el buscar en todas las cosas en amor de Dios.